



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

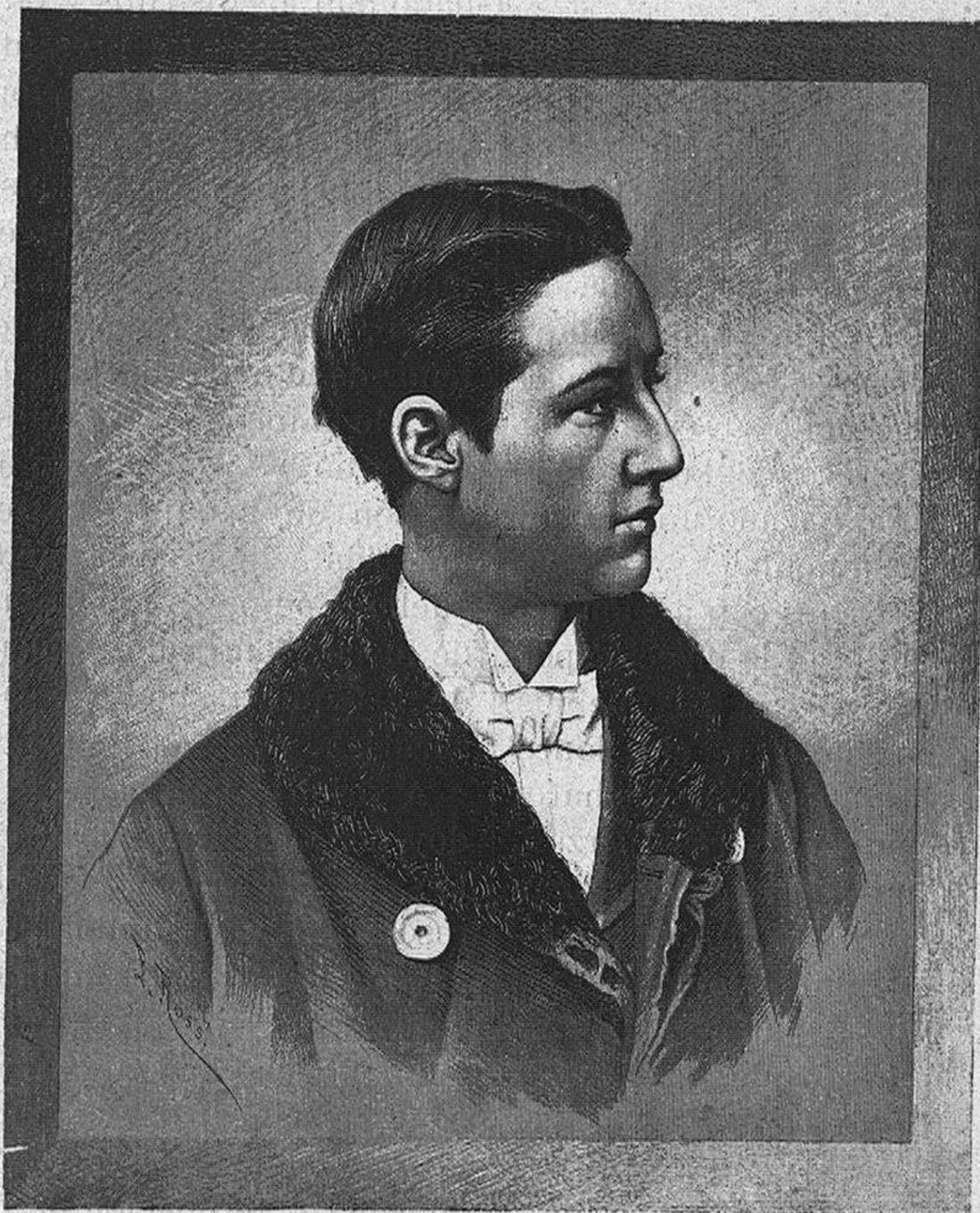
D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.
 Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.
 Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.
 D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
 D. Juan Vidal de Llobatera.
 D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazábal.
 D. Manuel Rodríguez Mailló.
 D. Gabriel J. Llompart.
 D. Carlos Cruz Rodríguez.
 D. Reynaldo Brea.



El Marqués de Villadarias

SOBRE ELECCIONES

Nuestro Jefe delegado, Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo, con fecha 1.º del pasado Agosto, dirigió la siguiente importantísima excitación

• A LOS TRADICIONALISTAS

Hace pocos días os dirigí la palabra, tanto para preveniros contra las asechanzas de nuestros adversarios en materia de elecciones, como para indicaros la necesidad de estar preparados y dispuestos para luchar en los comicios.

Expuse entonces las razones que tal vez nos movieran á salir del retraimiento, y fuera ocioso repetir las. Pero es necesario que no sólo nosotros las sepamos, sino que el País las aprenda de nuestros labios y de nuestra conducta, para que en el naufragio general que amenaza á todas las ideas tutelares pueda la Patria, en vez de rendirse al deconsuelo, abrir su corazón á la esperanza de la restauración tradicional española.

Todos los partidos se aprestan á la lucha electoral con ánimo tan decidido como energía y actividad desusadas. No basta, pues, daros la voz de alerta; es preciso repetir vuestra frase proverbial: ¡Adelante!

Anuncian nuestros contrarios que el País va á expresar su voluntad depositando su voz en las urnas electorales; pero nosotros, que no concedemos á esa voz la representación verdadera de la Nación, porque la consideramos como un eco de las opresiones gubernamentales, no debemos acudir en todas partes con acción general y esfuerzo unánime á la elección por sufragio, para no imponer á los pueblos amigos las desdichas de unas elecciones regidas por la sinceridad al uso. Lucharemos únicamente donde nuestras fuerzas, bien compulsadas, nos prometan abrigar esperanzas de triunfar; y esto porque como patriotas españoles no podemos negarnos á llevar la voz de España en las Cámaras, en estos momentos de tristezas y angustias, cuya gravedad á nadie se obscurece.

Por tanto, y cumpliendo órdenes augustas que obligan á obedecer terminante-

mente, por su legítimo derecho á ser obedecidas y por el amor que profesamos al que las da, os transmito la de acudir á las próximas elecciones en algunos distritos, tanto á las municipales como á las de Diputados á Cortes y Senadores, á fin de aspirar á tener representación en las Cámaras de todas las regiones españolas, con el objeto de que lleve su voz y sostenga en ellas su divina fe, sus libertades bien entendidas y sus intereses materiales, siendo protesta viva de todos los procedimientos del liberalismo que mantienen la esclavitud de la Iglesia y ahogan la industria, la agricultura, la moralidad de la administración y la justicia.

Debemos decir la verdad á la Patria, y queremos decírsela sin artificios, que éste es el vasallaje de los hombres de bien.

Vuelvo á anunciaros oficialmente que la gran comunión tradicionalista acudirá á la lucha electoral de la manera expresada; y como en el momento no se han determinado aún los distritos y circunscripciones en que hemos de presentar candidatos, establécese como obligación general para todos la reserva del voto, hasta que se decida aquel punto. De consiguiente, vuestro deber os obliga á ejercer la más escrupulosa vigilancia sobre las operaciones del censo, cuidando en todos los pueblos, y á tenor de lo que preceptúa la ley del sufragio, de la inclusión de nuestros correligionarios en las listas electorales y de la exclusión de los que aparezcan en ellas indebidamente, única manera de llevar adelante empresa tan ardua como lo es la de luchar contra un Gobierno y elementos de los que somos radicalmente adversarios.

A vosotros toca hacer lo restante, y yo doy por victorioso vuestro intento con sólo saber que ha de ser obra de vuestra resolución y disciplina, nunca reacias cuando se trata del cumplimiento de vuestro deber.

En el plazo más breve posible os daré á conocer los distritos en que lucharemos y los candidatos que presentamos, previas consulta y aprobación de nuestro augusto Jefe, á quien rendimos tan por entero la

voluntad como el corazón, esperándolo todo de su salvadora política, simbolizada en la católica y española que tiene por lema *Dios, Patria y Rey*.

EL MARQUÉS DE CERRALBO

ACCION DE MATILLA

(30 DE AGOSTO DE 1836)

ENTRE los muchos episodios que tuvieron lugar durante la célebre expedición que al mando del general D. Miguel Gómez salió de Provincias el 26 de Junio de 1836, compuesta de los batallones 2.º, 4.º, 5.º y 6.º de Castilla, 140 caballos y dos piezas de montaña, fué sin duda, uno de los más brillantes la acción de Matilla, distante sólo veinte leguas de Madrid, en la que los carlistas hicieron prisionera una columna compuesta de dos fuertes batallones, 140 coraceros y dos piezas de artillería montada, pertenecientes todos á la Guardia Real y mandada por el general D. Narciso López, reputado como la primera lanza del ejército liberal de Navarra.

Después de la marcha triunfal de Gómez y de haber alojado sus tropas en capitales tan importantes como Oviedo, Santiago, León, Palencia y otras, acosado por las columnas mandadas por Espartero, Manso, Seoane, Alais y algunos más, vióse precisado á internarse en Castilla hasta la provincia de Guadalajara, llegando el pánico de los liberales hasta Soria, Sigüenza y Valladolid. Otro militar se hubiera amilanado al verse perseguido en diferentes direcciones por 30 batallones y cerca de 3.000 caballos, cuando apenas podía disponer de poco más de 2.000 infantes y 150 caballos. Con estas escasas fuerzas, sin punto de apoyo ni centro de operaciones, con una larga impedimenta de bagages y más de 600 prisioneros que custodiar, y después de haber derrotado durante su marcha las columnas mandadas por los generales Tello, Latur y Pardiñas, pernoctó Gómez en Jadraque el 29 de Agosto.

Gómez destacó el 5.º batallón de Castilla para que fuese á alojarse en Bujalazo: el jefe de este cuerpo colocó una compañía de avanzada á las órdenes del bizarro capitán D. Eusebio de Zubizarreta, sobrino del inmortal Zumalacárregui. Esta compañía fué sorprendida aquella misma noche por fuerzas enemigas, y al valor y serenidad de Zubizarreta se debió el que no fuese sorprendido igualmente el 5.º de Castilla: el enemigo fué rechazado, pero la avanzada perdió 20 hombres.

De este modo supo Gómez la aproximación del enemigo; pero en vez de retirarse, se decidió á atacarlo. Con este objeto mandó al Brigadier Fulgosio que con los batallones 2.º y 4.º, procuraron ponerse al flanco de la columna; mientras que el general con las cuatro compañías de granaderos, el 5.º batallón y la caballería lo atacaba de frente, dejando el 6.º batallón de escolta de prisioneros y bagages. Al observar López este movimiento, tomó posición en el pueblo de

Matilla y en el se atrincheró. Este pueblo se halla situado en una altura rodeada de un valle: el enemigo colocó su fuerza en anfiteatro y rompió el fuego su artillería; pero se vió atacado con empuje por nuestras compañías de cazadores desplegadas en guerrilla, apoyada cada una por reservas de cuatro compañías, mientras que las cuatro de granaderos arma al brazo y sin disparar un tiro, se apoderaban de las dos piezas, no sin haber sufrido antes seis disparos de metralla que dejaron tendida en el campo la cuarta parte de esta fuerza y casi todos sus oficiales. El que escribe estas notas era entonces capitán de una de estas bizarras compañías y fué el único de su clase que llegó á la artillería con tres oficiales más; únicos que quedaron útiles de 12 que formaban el efectivo.

La defensa del enemigo fué enérgica; pero no pudiendo resistir el ímpetu de los carlistas y después de un combate al arma blanca dentro del pueblo, principió á desbandarse y á rendirse y concluyó por hacerlos prisioneros á todos, la caballería, desde el general hasta el último soldado. El entonces Coronel don Atanasio Alesón, que habiendo sido hecho prisionero en la acción con Tello, presencié la lucha con sus demás compañeros, dijo al que escribe estas líneas: «Capitán, permítame V. que le abrace, pues aunque contrario, me envanezco de ser español: tanto el ataque como la defensa que he presenciado, me convencen de que el soldado español es el primer soldado del mundo.» ¡Lástima que tanto valor fuese desplegado entre hermanos!

El resultado de esta acción fué el de quedar en nuestro poder 2.200 prisioneros, 2.000 fusiles, 150 caballos bien equipados, dos piezas rodadas, municiones, bagages, etc. En medio del desorden consiguiente á la victoria, supo Gómez que la división mandada por Alais estaba á la vista, y como era insensato el esperarla en aquellas condiciones, dispuso que los bagages y prisioneros marchasen hacia Brihuega, y después de ordenar su gente y dejar en Matilla los heridos graves de una y otra parte, siguió la marcha para pernoctar en dicho punto.

El número de cerca de 3.000 prisioneros y las dos piezas cogidas al enemigo, debían naturalmente entorpecer los movimientos de Gómez; así es, que decidió emprender su marcha con dirección á Aragon, para entregar los prisioneros y precipitar los cañones en algún barranco, como así se verificó al día siguiente. La expedición continuó su marcha, siendo algunas veces hostilizada por el enemigo, pero sin experimentar pérdidas de importancia. Cabrera supo el movimiento de Gómez y salió á su encuentro con las fuerzas mandadas por Quilez y Miralles, y el 7 de Septiembre se reunieron en Utiel. Desde este punto se mandaron los prisioneros á Cantavieja, y las fuerzas de Gómez unidas con las de Cabrera, emprendieron la marcha decididos á aproximarse á Madrid. El descalabro que experimentaron en Villarrobledo les obligó á dirigirse á Andalucía, cuya provincia recorrieron hasta el estrecho de Gibraltar.

HERMENEGILDO D. DE CEVALLOS

BOCETOS MILITARES

LA CABALLERÍA

Los servicios propios de la Caballería, arma que constituyó el nervio de los ejércitos en la antigüedad, en la Edad Media y hasta á principios de este siglo, cuando Napoleón aseguraba que 20.000 caballos y 100 cañones valían más que un ejército regular y completo de 90.000 hombres; los servicios propios de la Caballería, decíamos, son de los más importantes, y hoy menos de notar aún en el combate, que antes y después de él; porque sin Caballería es completamente imposible adquirir exactas noticias relativas á los movimientos, fuerza, etc., del enemigo; sin ella es asimismo imposible mantener fáciles comunicaciones entre las distintas partes del ejército, ni sacar de las victorias el conveniente partido.

Modificadas hoy las antiguas ideas de *masas* enormes y exclusivas para todo; imposibles de realizarse en la actualidad aquellas brillantes cargas del primer Imperio francés; en medio de la incertidumbre táctica que hoy preside todo cuanto se relaciona con la Caballería, creemos que, sin necesidad de entrar en largas y difíciles consideraciones sobre su acción, podemos desde luego asegurar que (aún prescindiendo del importante papel que la Caballería ha desempeñado y desempeñará siempre en los críticos momentos en que decide el éxito de una batalla) en nuestros días la guerra encomienda á dicha arma una serie de servicios tales como el de preparar la victoria mediante la continua vigilancia del enemigo, el de imposibilitar las sorpresas, el de asegurar las comunicaciones, etc., servicios todos que hoy constituyen por excelencia su acción en toda campaña, y cuya importancia no han hecho sino aumentar las últimas modificaciones de la táctica superior y la estrategia.

La Caballería tiene, pues, dos objetos: combatir y vigilar, pero para llenarlos cumplidamente no basta el buen espíritu militar de los oficiales y clases de tropa; es indispensable que el mando, por lo menos, se apoye en una instrucción tal, que abrace siquiera superficialmente la mayor parte de los conocimientos militares. Al soldado se le suele instruir perfectamente en las maniobras reglamentarias, pero sólo como si fuese una máquina, sin subordinar nada á su inteligencia, á su iniciativa personal; podría decirse que hasta aquí sólo se ha procurado que el soldado de Caballería pueda batirse ventajosamente en el caso de tener que hacerlo en grande escala; pero este caso, que en las últimas campañas se ha presentado pocas veces, es más raro á medida que aumentan el alcance y la precisión de las armas de fuego, en tanto que los caminos de hierro, proporcionando rápidas concentraciones de fuerzas, exigen una vigilancia más activa, más constante, y el telégrafo, transmitiendo instantáneamente á las mayores distancias la voluntad del general en jefe, extiende sobremanera el campo de las observaciones que convenga hacer.

Por esto hoy como antes es necesario que el soldado de Caballería sea buen jinete y sepa esgrimir bien

sus armas á todos los aires; pero también convendría que, si no los de todos los escuadrones, al menos los de algunos, cuya organización fuera tal vez especial y cuya misión fuera más particularmente reconocer el terreno y espiar sin descanso al enemigo, poseyeran cierta instrucción en virtud de la cual pudieran fácilmente hacerse cargo de la importancia del aspecto general del terreno.

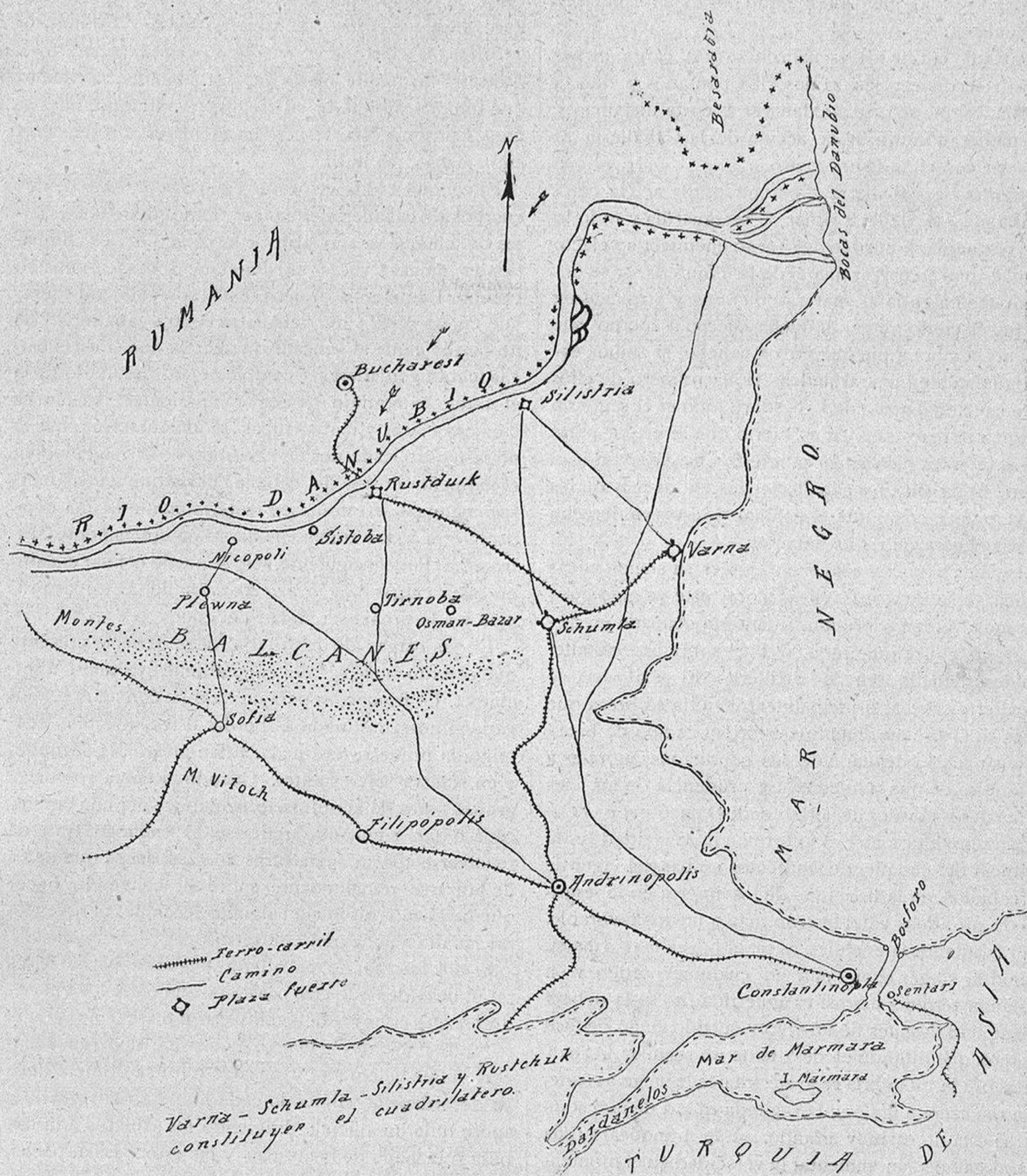
Esta instrucción á que nos referimos debería comprender en general: la lectura, la escritura, la aritmética, las aplicaciones de la topografía al conocimiento del terreno, la influencia que éste puede ejercer en las operaciones militares; pero bien entendido que en modo alguno pretendemos que el soldado sepa ejecutar levantamientos topográficos, ni aun de los llamados expeditos, pues desde luego comprendemos que semejante cosa exigiría estudios demasiado serios para él, y sería punto menos que imposible que hombres que en general no tienen instrucción alguna cuando empiezan á servir, pudieran en poco tiempo llegar á ejecutar un verdadero trabajo topográfico; aparte que las operaciones de la topografía irregular que exigen el empleo de instrumentos (por sencillo que sea su manejo), siempre son demasiado difíciles para ejecutadas á caballo, aun para los mismos oficiales ó al menos para los que no tengan mucha práctica. Pero en cambio tenemos la convicción de que, mediante frecuentes ejercicios topográficos, todos pueden aprender á representar, con sólo algunos trazos, la forma general del terreno, sus accidentes más notables, etc., y si á estos croquis toscos, pero fáciles de ejecutar aun á caballo, acompaña la indicación numérica de las distancias evaluadas á pasos ó por el tiempo que se haya tardado en recorrerlas, dichos croquis entonces podrán ser muy útiles para dirigir convenientemente una marcha y hasta para preparar operaciones de alguna importancia. También convendría que los sargentos tuviesen nociones, relativamente extensas, de geografía política; que se ejercitaran algo en el dibujo, copia y reducción de planos; en los levantamientos expeditos; en la redacción de Memorias; en el manejo de los aparatos telegráficos de cuadrante y de Morse; en la conducción de una locomotora, y en la destrucción y reparación de los caminos de hierro.

La Caballería es un arma difícil de organizar y costosa de sostener; su empleo depende esencialmente de las condiciones del caballo, para cuyo buen estado de servicio hay que atender á ínfimos detalles de montura, herraje, forraje y cuidado diario; su acción, principalmente ofensiva, estriba en el movimiento y en la fuerza moral, elementos ambos tan íntimamente ligados, que á veces los movimientos solos, sin cargas, sin acción *física* de ninguna clase, hacen retroceder al enemigo.

El servicio de la caballería, expresado con la mayor brevedad, comprende: el de los destacamentos encargados de cubrir los flancos y retaguardia del ejército; el de las avanzadas á grandes distancias del cuerpo principal, al frente de las líneas enemigas, y cuyo primordial objeto es vigilar sus posiciones, movimien-

tos, etc., molestar sus convoyes y destruir tanto los caminos de hierro como las líneas telegráficas; cubrir una retirada, como lo hizo brillantemente la caballería austriaca en Sadowa y la francesa en Gravelotte; perseguir al enemigo sin tregua ni descanso después de

su derrota, y finalmente, las cargas, bien las dirigidas sobre los flancos de la infantería enemiga, bien las reales ó simuladas, cuyo objeto sea hacer formar el cuadro á la infantería enemiga que ataque una posición, bien las que sirven para dispersar los tiradores



Guerra ruso-turca.—El paso del Danubio (Véase el artículo).

enemigos, sobre todo si el terreno es despejado, etc.

La Caballería tiene muchas ocasiones de obrar en una acción; así que el general debe saber apreciarlas y tener siempre cerca al Comandante en jefe de dicha arma, para aprovechar en seguida las menores faltas del enemigo, antes de que éste tenga tiempo de repararlas. Lo esencial para la Caballería, en medio del

fuego, es situarse en terreno en que pueda obrar con entera libertad; el trote es su verdadero aire de maniobra; pues si los cambios de posición ó los movimientos que precedan una carga se hacen al galope, se sofocan demasiado los caballos y pierden mucho de su vigor en el momento crítico del choque.

La Caballería pelea en tiradores, en batalla, en co-

lumna y á discreción. Su fuego, que hasta ahora no tenía gran importancia, va adquiriéndola con la adopción de las armas de retrocarga, pero sólo se debe ejecutar en tiradores; éstos explorarán, cubrirán la marcha de los cuerpos y rechazarán los exploradores enemigos, ó por lo menos les mantendrán á respetable distancia.

Antes de lanzar los escuadrones á la carga, es necesario reconocer las zanjas, los pantanos y demás obstáculos que sólo se pueden ver á corta distancia y que pudieran inutilizar la acción de la Caballería al tropezar con ellos de improviso.

Mientras la caballería no tome parte activa en el combate, se la deberá situar á retaguardia y todo lo más resguardada posible del fuego enemigo; su efecto moral es mucho mayor que el de la infantería, si se tiene en cuenta el daño material que una y otra causan; porque es cierto que en la lucha cuerpo á cuerpo vale más un hombre á pie que otro á caballo, si ambos están igualmente bien armados, si el primero de ellos tiene suficiente serenidad y sobre todo si el segundo es lancero; pero también es cierto que la mayor parte de los infantes pierden su sangre fría cuando ven ir al galope hacia ellos los caballos, pues en los más de los casos parece como que el galopar de éstos va derecho á herir el corazón de los infantes.

Hoy la Caballería sólo suele ejercer su acción eficaz y decisiva sobre tropas cuya moral esté ya algo quebrantada, ó bien sobre una infantería ocupada en hacer frente á otra infantería, ó bien sobre una caballería desordenada por la artillería. El éxito de la Caballería estriba principalmente en la sorpresa que causa su aparición repentina sobre el campo de batalla, y su acción depende de las condiciones morales y materiales en que la ejerce. La prudencia de los jefes y oficiales y el valor de los soldados constituyen el elemento moral; el material lo forman la velocidad y la potencia del choque, dependientes ambas del vigor de los caballos, de la habilidad de los jinetes en la esgrima de sus armas y del terreno más ó menos favorable.

Si la infantería enemiga es mala ó está mal armada, se podrá cargar sobre ella en cualquier orden y en cualquier terreno; pero si es aguerrida, no se la deberá cargar sino después de un vivo y nutrido fuego de fusil y cañón que infunda el desaliento en sus filas. Al cargar sobre la infantería se avanzará desde luego al trote, y se recorrerá al galope la segunda mitad de la distancia; si ésta no es muy grande, se la franqueará toda ella al galope, sin áumentar la velocidad en el momento crítico del choque, pues vale más dominar completamente al caballo para lanzarle fácilmente á derecha é izquierda sobre los grupos que quieran formar los infantes enemigos. Si la infantería enemiga está muy diseminada ó en desorden, no se necesita mucha caballería para derrotarla: un buen escuadrón bien dirigido puede deshacer sucesivamente varios batallones enemigos. En general, las pendientes, cuando no son muy exageradas, favorecen las cargas de la caballería en sentido ascendente, pues entonces la infantería tira casi siempre demasiado alto.

La Caballería no debe atacar nunca de frente á la artillería, sino que desplegará algunas secciones que distraigan su atención, y sólo se lanzará sobre ella por uno de sus flancos, después de batir los sostenes, principalmente envolviéndola; una vez tomadas las piezas no se entretendrá la Caballería en retirarlas á lugar seguro, sino que cortará los atalajes, matará los mulos y caballos (si teme que el enemigo pueda recuperarlos), destruirá las municiones y seguirá adelante; porque lo que importa ante todo es asegurar la victoria, pues si no se consigue ésta, se perderá el material ó será más embarazoso que útil.

El choque á toda velocidad, la carga *á fondo* de dos cuerpos de caballería enemigos, nunca tiene lugar; antes del choque se acobarda y huye uno de los combatientes, muchas veces se detienen ambos al mismo tiempo. La práctica prueba esto con sólo considerar que en las cargas de caballería contra caballería casi no pierde gente el vencedor; mientras que si estas cargas fueran verdaderas y completas, su resultado sería el mutuo exterminio de los combatientes; porque las ciencias físicas y matemáticas lo demuestran, pues la masa multiplicada por el cuadrado de la velocidad en el momento crítico del choque, haría que ambas fuerzas enemigas se estrellasen materialmente la una contra la otra y que ambas quedaran completamente destrozadas. Por consiguiente, sólo se puede confiar el éxito en estas cargas á la *firme resolución* de las tropas propias y á la propia serenidad del enemigo.

En las cargas de caballería debe tenerse presente que el éxito suele ser del combatiente que toma la iniciativa. La formación para una carga conviene sea en varias líneas: destinada á abordar directamente al enemigo, la primera; destinada á flanquearle, la segunda; y en reserva las restantes. Cuando el enemigo vuelve grupos antes de abordarse, se debe temer una emboscada ó que, simulando retirarse el enemigo, trate de revolvearse apoyado en otras fuerzas; así es que antes de lanzarse resueltamente sobre él convendrá hacer que carguen á discreción algunas secciones para explorar las intenciones del contrario.

Si dos fuerzas de caballería llegan á abordarse, es tal el desorden que esto ocasiona, aun entre los vencedores, que éstos no deberán pasar á cargar sobre una segunda línea del enemigo, sino que deberán rehacerse inmediatamente y lanzarse sobre la primera línea ya desordenada, eligiendo cada jinete un adversario y sobre todo un oficial; dirigiendo los sablazos á la cabeza ó la mano de las bridas, y las estocadas al pecho, hasta que ningún soldado enemigo quede á caballo.

Entretanto que la primera línea pelea directamente con el enemigo, la segunda procurará caer sobre sus flancos para asegurar el éxito; en el caso de que sea rechazada la primera línea, la segunda protegerá su retirada y la sostendrá, pero manteniéndose á cierta distancia de ella para que el desorden en que quede dicha primera línea no se transmita á la segunda.

Las cargas á discreción se dirigen sobre tiradores, tanto de infantería como de caballería, y sobre las tro-

pas que acaben de sufrir un revés, para impedir que se rechacen.

Si los adelantos modernos ejercen alguna influencia en la proporción en que deba entrar la caballería en la composición de los ejércitos, esta influencia aumenta indudablemente su número, porque actualmente es necesario resguardarse del enemigo á mayores distancias que antes, y las vanguardias y retaguardias tienen que maniobrar con más rapidez que nunca.

En todo choque de caballería, el combatiente que todavía dispone de reservas cuando las del enemigo ya han entrado en fuego, es el que tiene más probabilidades de vencer; así, pues, siendo harto difícil reunir un mismo escuadrón para más de una carga en el corto tiempo en que suele decidirse una acción, se procurará tener la caballería en reserva y en el mayor número posible.

Para terminar, diremos: que el jinete que se rinde en tanto que pueda correr su caballo, no puede disculpar su cobardía; así es que su interés estriba en cuidarlo con el mayor esmero, no sólo por esto, sino que también porque en las cargas generalmente cede uno de los adversarios el campo antes de verificarse el choque, retirándose aquel que tiene menos intrepidez y disciplina; pero cuando en ambos combatientes están equilibradas una y otra, al abordarse en filas cerradas, el instinto lleva á los caballos á introducirse en los intervalos abiertos en las filas de los contrarios, y los hombres se acuchillan ciegos, procurando derribarse los unos á los otros, en medio de una confusión terrible y una lucha sangrienta, cuyo feliz desenlace corresponde siempre á los soldados más hábiles y que monten más vigorosos caballos.

REYNALDO BREA.

MONROY

ESTE es el nombre del vetusto castillo cuyo dibujo aparece hoy en EL ESTANDARTE REAL. Levántase esta histórica mansión cuatro leguas al Norte de la antigua Castro-Cecilia y se encuentra situada en una gran llanura rodeada de inaccesibles precipicios y espesos bosques que lo hicieron por largo tiempo baluarte inexpugnable de los defensores de la Cruz, y en su recinto decidióse en más de una ocasión del porvenir de Castilla.

Compuesto de fuertes torreones, de fosos profundos abiertos en la dura roca y defendido por un lienzo de muralla más endeble que los broncíneos pechos de sus poseedores, supo sostenerse contra todos los enemigos del nombre cristiano ó de la autoridad real de que fueron grandes defensores en todas las épocas los caballeros de esta casa, y aun hoy ostenta orgulloso su antiguo ropaje y parece desafiar, con su firmeza, las inestabilidades de los tiempos.

Data su fundación del siglo XIII en que la ciudad de Plasencia, agradecida á los beneficios que recibiera de su ilustre hijo Nuño Pérez de Monroy, y orgulloso del valor que en las lides guerreras desplegara aquél, así

como de su saber y prudencia en los Consejos de los Reyes, donóle el cortijo de Monterey en el campo de Talavan, para que mediante la confirmación Real formara señorío. Muy luego obtuvo de Sancho IV tal privilegio el que ya había recibido sus elogios en las murallas de Tarifa, y poco tiempo después concedió Fernando IV merced á Hernán Pérez de Monroy, copero mayor de Doña María de Molina, para que poblara con cien familias su lugar de Monroy, obteniendo la concesión de Villargo, mero y mixto imperio y fundación de vínculo á favor de los descendientes de esta casa, del doliente Don Enrique, uno de los más poderosos señores de aquel siglo, Hernán Rodríguez de Monroy.

Y como no faltará quien no encuentre buena la etimología de Monroy en la corrupción de Monterey, he de poner algunas palabras por vía de aclaración. No tomaron los poseedores el nombre del Señorío, sino que muy al contrario, dieron á los nuevos Estados el suyo, que es antiquísimo y muy ilustre entre los primeros de España; como que tiene su origen en la portentosa batalla que fué principio de la patria independencia. En ella tomó parte un caballero de la casa Real de Francia que movido del mismo ardor bélico y acendrada fé que impulsó á todos los pueblos de la Edad Media, marchó á las agrestes montañas asturianas ansioso de ganar honra y prez bajo los estandartes cristianos, mereciendo por su esclarecido linaje y nobles prendas ser designado por el Rey Pelayo para guardar la entrada de la Cueva y la Enseña (*vixillum*), que con el transcurso de los siglos había de levantarse victoriosa sobre las moriscas torres granadinas. Orgullosos los vasallos de aquel príncipe por tal distinción, llamaronle desde entonces *Vixil*; y como por su elevada cuna le daban el tratamiento de *Monroi*, conservó durante su gloriosa existencia el nombre de *Vixil Monroi*, con que se le conoce en la lápida que su sepulcro ostenta en la iglesia de Pola de Siero, en las inmediaciones de Oviedo.

La noticia histórica de este linaje encierra más grandeza y más poesía que la arquitectura y antigüedad del edificio que habitaron; pero á tan estrechos límites nos hemos de reducir, que nada podremos decir de su caballerosidad; nada de sus heroicas empresas; nada de sus características virtudes.

Callaríamos cuanto pudiera referirse á el último Marqués de Monroy, al caballeroso Jefe Regional de Estremadura, al generoso bienhechor y digno descendiente de los héroes que immortalizaron el título que con tanta dignidad ostenta, y su limpio apellido, por que sabido es que el recuerdo de sus acciones más misteriosas le molesta però, ¿cómo dejar la pluma sin hacer mención de el *Valeroso Adalid*, aquel de quien decían los romances de su tiempo que

Iba corriendo su fama
Por as villas é lugares;

de Hernán Rodríguez de Monroy, grande cooperador en la conquista de Antequera; de Doña María de Monroy la *Brava*, que supo dejar las femeniles tocas para vengar con su propio brazo la sangre vilmente derramada de sus hidalgos hijos? ¿y cómo no recordar si

quiera al más insigne de los capitanes del siglo xv, al bravo defensor de la autoridad de Enrique IV y de Isabel I, al que sostuvo por sí solo más batallas que todos los otros capitanes de su tiempo, sin que su ánimo se rindiera al temor ni sus miembros al cansancio, al que recorrió victorioso toda España y en todas partes fué querido y admirado, el héroe popular de Estremadura, al casi legendario don Alonso de Monroy, Maestre de Alcántara?

ANTONIO R. DE MORALES.

GUERRA RUSO-TURCA

EL PASO DEL DANUBIO

POR más que esta Revista esté destinada de un modo preferente á narrar las glorias militares del partido Tradicionalista, como ha tratado ya la *Defensa de los Pirineos*, doctrina agena á nuestras campañas, y además nos proponemos en ella el estudio, siempre provechoso, de desgracias agenas para remediar las propias, pensamos hoy dedicar ligeras



Los carlistas en las montañas de Vizcaya.

consideraciones al desastre de Turquía en la guerra del 77.

Numerosos eran los ejércitos de que dispuso Rusia en la campaña de 1877, tanto el que estaba destinado á combatir en los Balkanes, como el que dirigía el gran Duque Miguel por la Georgia y Erivau, con objeto de invadir la Armenia.

No era pequeño el Turco, y contaba con magníficas posiciones, sirviéndole de foso el Danubio.

Bien preparado el ruso en la Besarabia, parecía lo natural que hubiese pasado el río por la Dubrutcha, inundándola; eso hubiera hecho un general inexperto; siendo el objetivo de Rusia dominar los Balkanes como llave de Turquía, por la Dubrutcha tenía que recorrer un terreno inmenso y enemigo, próximo á la costa, careciendo de barcos para encontrarse después con el célebre cuadrilátero de Varna, Schumla, Silistria y Rustchuk.

Nada fácil era tampoco el paso del río por Nicópolis y Sistova, porque sobre ser siempre peligrosísimo, teniendo frente un ejército, había que tener en cuenta que este ejército estaba apoyado en los Balkanes, fortificados á su satisfacción, en su propio país, y contando á su derecha con el cuadrilátero; pero en cambio ofrecía la ventaja de marchar por terreno amigo (Rumanía aliada de Rusia) hasta emprender las primeras operaciones al paso del Danubio, apoderándose en seguida de Nicópolis y Sistova.

Si peligroso y erizado de dificultades era el paso del río, una vez pasado, colocábanse en muy crítica situación; una retirada les hubiera valido una derrota, sabido lo perjudicial que es un río á retaguardia.... Dígalo el ejército republicano español en Somorrostro.

La marcha del ejército ruso no encontró obstáculos; avanzó hacia el Balkán, se apoderó de Tirnova y Osmán-Bazar; por último coronó las alturas de Sofía y

Filipópolis, y solamente eclipsó algo la gloria de Alejandro el sitio de Plewna, donde se amparaba la mejor y más disciplinada parte del ejército turco.

Rusia se habría apoderado de la Turquía á no impedírsele la paz de S. Estéfano.

El ejército ruso no está á grande altura ni en táctica, ni ordenanza; pero tiene disciplina, y esta sola cualidad le dió el triunfo.

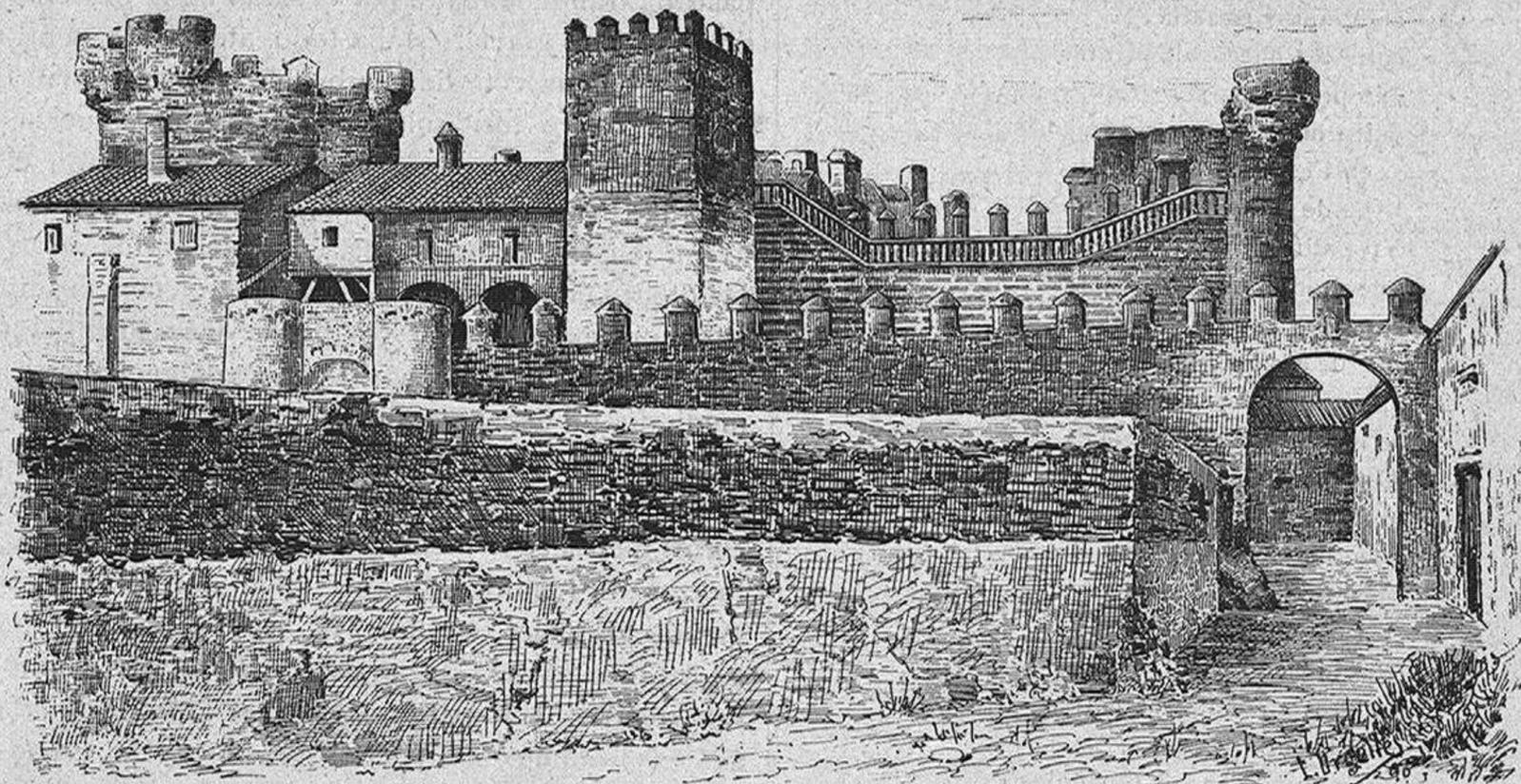
Turquía no tenía disciplina, y todo le sobró.

En iguales condiciones se halló España en Africa,

pero el mar á retaguardia, y las alturas de Sierra Bullones, coronadas por un ejército cuatro veces mayor, no le impidieron contar el número de sus victorias por el de sus combates, coronándolas con la gloriosa toma de Tetuán.

El plano que verán nuestros lectores en otro lugar del presente número, da idea de la situación topográfica de varias de las poblaciones que fueron teatro de la guerra.

CARLOS CRUZ RODRÍGUEZ.



Cáceres.—Castillo de Monroy.

LA VUELTA DEL PEREGRINO

AL EXCMO. SR. D. CARLOS FERNÁNDEZ DE HENESTROSA
Y TACÓN, MARQUÉS DE VILLADARIAS.

I

Peregrino que el edén
has recorrido de Italia;
tú que aspiraste las brisas
de aquel mar, en cuyas aguas
el sol refleja su imagen
y no se atreve á besarlas.
Tú, que el azul de su cielo
llevas impreso en el alma,
y el aroma de sus flores,
y el encanto de sus playas.....
tú, que como ave extranjera
sobre las ruinas descansas
de un Imperio que en cenizas

hundió la frente liviana;
tú, que sabes los secretos
que aquellos mármoles guardan,
y conoces la grandeza
que sus escombros delatan;
tú, que la sombra de Horacio
fundes con la de Petrarca,
que los ídolos de un día
huellas hoy con tus pisadas,
y á la cruz del Capitolio
vuelves los ojos y el alma.....
¡espérate, peregrino!
¡no des la vuelta á tu patria!

II

Todavía hay en Italia
una dormida sirena,
que el Adriático acaricia
y con sus pies juguetea.

¡Peregrino, peregrinol...
 no regreses á tu tierra
 sin saludar esas ondas
 en que reposa Venecia.
 Reclinada, cual sultana,
 en rico trono de perlas,
 no turbarás su reposo
 con tus sentidas endechas,
 ¡que la música del mar
 es en sus muros eternal
 Y ocurre que algunas veces—
 cuando el sol rasga la niebla—
 la turba alada armoniza
 con la resaca que llega:
 ¡¡y es que del cielo y del mar,
 de los prados y las selvas,
 vienen eternos cantores
 á saludar á su reinall
 Verás, entre sus palacios,
 uno que la verde yedra
 afiligrana y esmalta
 entre los huecos de piedra.
 ¡No preguntes, peregrino,
 quién mora en esa vivienda!
 si eres español, el alma
 te ha de llevar á sus puertas.
 Vive allí un Rey caballero,
 que desde playa extranjera
 llora por la patria amada
 que de sus entrañas le echa.
 (¡La patria no; la impiedad
 le ha robado su diadema!)
 Consuélate, peregrino,
 ó llora con él sus penas;
 ¡que las lágrimas de un Rey
 siempre tienen compañeras!
 Y cuando hayas mitigado
 con tu canto sus tristezas,
 le dices «que aquí la patria
 en El confía y espera;
 que aun late en los españoles
 el corazón que le entregan,
 como un día le entregaron
 sus hijos en la pelea».
 Y después que esto le digas.
 ¡aléjate de Venecial
 ¡¡huye aquel mar, aquel cielo.....
 y á tus hogares regresal!

BENITO MUÑOZ-SERRANO

PÁGINAS DE UN CARLISTA

POR F. SAGREDO Y ESCOLANO

(Continuación)



Así las catorce horas de sueño, y caldeado por el sol, desperté á la vida. Registré los bolsillos y examiné mi dinero, cuya cuenta, deducidos los gastos, salió exacta; nada me faltaba ni nadie se había acercado á mí. Procuré deshacerme de papeles inútiles; aquella lista me pesaba en el alma,

y me levanté con la idea de buscar un alojamiento proporcionado á mis recursos.

Lo primero que se me ofreció al asomar la cabeza sobre el espeso yerbazal donde había pasado la noche, fué un pelotón de quince ó veinte paisanos, que armados de fusiles hacían el ejercicio en una esplanada inmediata con gran diversidad de trajes.—Desde luego conocí que los que estaba viendo eran sin duda ninguna de *los mtos*, y me aproximé á ellos sin temor. El *segundo* que los mandaba ocupado en comisión tan importante, se limitó á encaminarme al pueblo que desde allí divisábamos, para que me presentase al Jefe. «En la primer casa de comidas de las afueras conforme entras, lo hallarás, y él te dirá lo que debes hacer». La tal casa de comidas ó mesón portugués me recordó los merenderos que hay en Madrid fuera de la puerta de Alcalá; á mis preguntas, me pusieron delante de un individuo alto y sumamente flaco que se paseaba tranquilamente por el salón de la hostería. Su tipo me hizo gracia: estaba todo afeitado y aun me pareció con aspecto de hombre de iglesia; verdad que el traje negro tornasolado y reluciente á fuerza de uso, contribuía á hacerlo enjuto, y parecidísimo á las sardinas por el brillo. Agréguese á esto una gorra manchega mugrienta y aceitosa, un sable, y dos enormes pistolones en la cintura, y se apreciará con exactitud aquel original conjunto. No puede darse idea del carácter que adorna muchos de nuestros guerrilleros del mediodía de España antes de vestir de uniforme, y sin tenerlo á la vista la imaginación no lo hubiera podido inventar. Aparte de su figura, sumamente afectuoso y cortés me escuchó atentamente, explicándome que las fuerzas allí reunidas sin otro objeto que el de ir recogiendo los leales servidores del Rey, debían internarse en los montes para llegar á Asturias así que el número y la instrucción lo permitiesen. Que la tropa de *migue- listas* (1) acampada á poca distancia y protectoras del levantamiento, no tardaría en alejarse, y entonces (añadió revistiéndose de aire grave y clavando en mí sus transparentes ojos azules) la disciplina tendrá que ser más severa de lo que ha sido hasta aquí.»

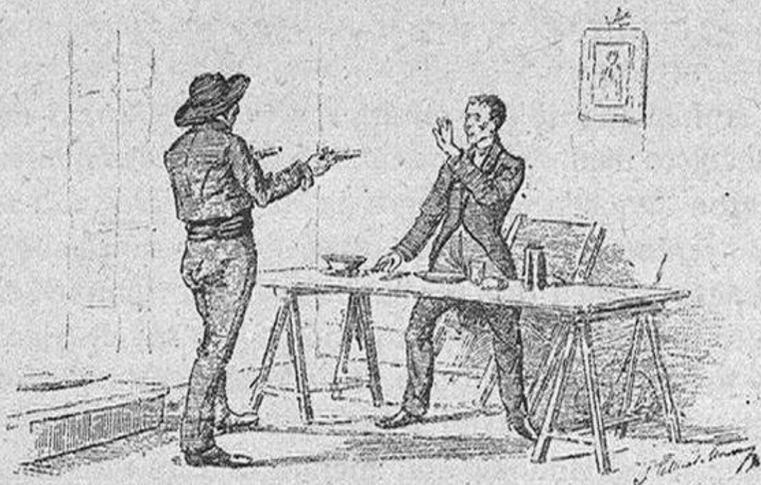
No se porqué se me encajó en la cabeza que en el tal Jefe había poco del Gran Capitán, quizá porque los hombres sin darnos cuenta juzgamos de las personas por la apariencia; el hecho es, que viéndome en el figón, me dispuse á comer algo antes de que llegara la rigidez de la disciplina, por si acaso se oponía á que yo comiese.

El mesonero me sirvió un par de huevos fritos con sebo; mi hambre furiosa prescindía de toda clase de niñerías y repugnancias, aunque admirando los beneficios que gracias á su independencia disfrutaban los portugueses en el condimento de sus guisotes. Aquella delicadeza de cocina anunciaba mucho que admirar. Interrumpió mi merienda y mis murmuraciones el Jefe, que acompañado de un sargento y otro voluntario volvía á traerme las armas, reducidas á un fusil muy largo con su bayoneta, cartuchera y fornituras. Los

(1) Realistas de Portugal.

tres se arrimaron á la mesa, y echaron su trago, que se sirvieron con mi vino sin que yo les invitase, franqueza que me animó á preguntarles cuántos hombres componían el total de la fuerza. «Hoy somos treinta voluntarios, pero esperamos mucha gente»—y sin decir más se fueron para que concluyese.

No había mozos que cuidasen de los parroquianos y fui á pagar; cuando me separaba del mostrador sonaron varios tiros á lo lejos. El mesonero se puso lívido, los bebedores salieron precipitadamente, y yo quedé entre suspenso y cuidadoso, atribuyéndolos á los que había dejado haciendo el ejercicio. Por otra parte influye mucho que el ánimo se sienta preparado, así es que los tiros y los fusilazos, no debían asustarme; pero antes de que pensara en tomar la menor determinación, un hombrón robusto y fornido con una pistola en cada



mano se dirigió hacia mí (único que quedó en el bodega) y levantando los gatillos cuyo *tric-trac* oí perfectamente, me intimó me rindiese sin replicar *al muy alto señor Riveiro General del Rey D. Pedro*. No acertaba á comprender lo que era aquello, y maquinalmente fui con él hasta la plaza del pueblo, en la que encontré á todos mis compañeros de armas, incluso el famoso Jefe de la fuerza, presos, y rodeados por numerosa tropa de liberales portugueses.—¡Que rebullicio de hombres, mujeres, chiquillos y perros! Allí me informaron de todo: la partida *miguelista* abandonó sus posiciones y se alejó, cometiendo la torpeza de no avisar al Jefe nuestro, para que plantease la severidad que proyectaba. Acaso no les fué fácil, perseguidos en la retirada por sus adversarios los *pedristas*; estos si no los alcanzaron, en cambio tropezaron con nosotros haciéndonos prisioneros sin que se escapase ninguno. Después de reflexionar sobre mi situación, me alegré de que el bárbaro portuguesote *General del Rey don Pedro*, no viese mi fusil que se quedó donde lo puso mi Jefe, circunstancia de la que carecían mis compañeros y que imaginaba hacer valer. Inútil precaución: de acuerdo los liberales portugueses con los liberales españoles dispusieron hacer la entrega antes de que la noche se les echase encima, y para ello nos llevaron en tropel inmediatamente á la orilla del río, límite de ambas naciones por aquella parte, en la que armaron un colosal aparato de madera con grandes garruchas que correspondía con otro igual situado en la ribera opuesta, y uno á uno y atados por la cintura, corrían la maroma, metiéndonos en España por medio

de sistema tan ingenioso. Recibidos por los ocho ó diez *peseteros* que con su Capitán componían el piquete español, conforme llegábamos nos ataban codo con codo sin la menor contemplación; treinta y seis hombres les pareció demasiada carga para diez. Lo último que pasó con grandísimo alboroto y chacota fué la maleta del Jefe, que contenía papeles, listas y *sesenta mil*



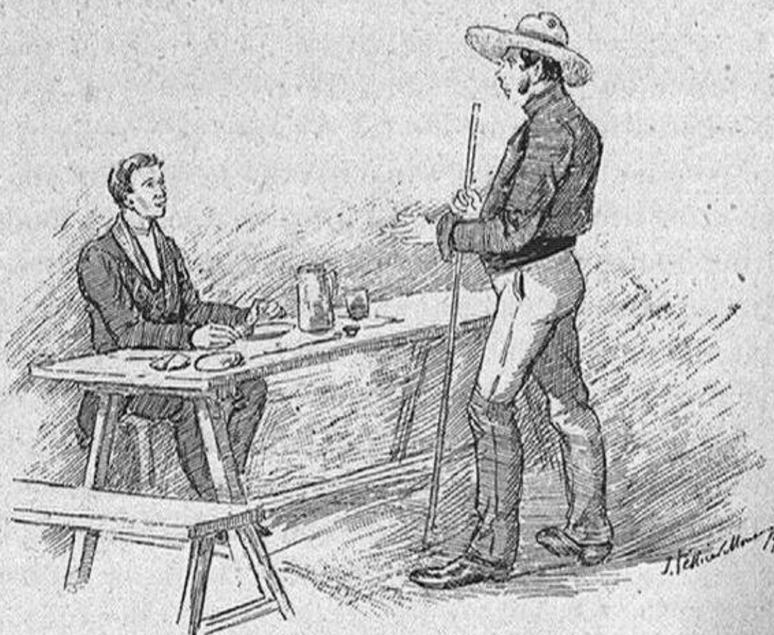
reales; es decir, la caja del batallón. Al abrirla, los *peseteros* la rodearon con gran curiosidad, se sentaron en el suelo, y en medio del mayor silencio empezaron á contar el dinero sin duda para que en presencia de todos constase lo recibido y no hubiese luego calumnias entre su gente. Ignoro (y nunca puede saberlo) quién cortó la cuerdas que me sujetaban, y lo mismo sucedió á mis compañeros. Sultos los treinta y tantos hombres, echamos á correr de repente, y al ruido de la desbandada se volvieron *los peseteros* haciéndonos una descarga que fué lo mismo que agujearnos más. Estábamos ya muy esparcidos para que hubiese desgracias, pero sus gritos nos demostraban que insistían en la persecución. Uno de los voluntarios se compadeció de mí y me obligaba con instancias á que corriese; bien puede decirse que sacaba fuerzas de flaqueza, pero sentía tantas agujetas de mi caminata que siempre me quedaba detrás. Corriendo y hablando indicé que podía costarle la vida el aguardarme y presto desapareció. Pero así que me quedé solo y en terreno desconocido, perdí el tino, y dando vueltas y revueltas vine á parar hacia el sitio de donde salimos. Mientras tomaba un poco de aliento, admirado de hallarme sin saber cómo á la espalda de mis perseguidores, se me ocurrió esconderme en unos jarales; los tiros, las descargas, y las voces, acabaron por irse perdiendo á lo lejos quedando todo en ese sordo silencio que tanto hace resaltar la majestad de la naturaleza.

Cerró la noche, oscura como la anterior, porque no había luna, y salí de mi gazapera; liado en mi capeta que afortunadamente resultó libre de los embates azarosos de la correría, encendí un cigarro, y me tendí cómodamente en un ribazo, dispuesto á darle algún reposo al cuerpo y al espíritu, que bien lo necesitaban después de tantas fatigas y emociones. La serie de acontecimientos que desde mi salida de Madrid se habían ido sucediendo hasta colocarme en medio del monte en que me encontraba, ofrecían muchas reflexiones; pero era forzoso abandonar inútiles discursos sobre el pasado ocupándose de lo futuro, puesto que urgía una determinación.

Deshecho lo de Portugal, me pareció locura insistir en ello; volver á Madrid no resolvía tampoco la dificultad: en esta duda vinieron á sacarme del atolladero los datos que cuidadosamente había ido recogiendo respecto á la guerra, que por cierto en aquellos momentos eran de grandísimo provecho. Según mis noticias adquiridas en los corrillos carlistas, en el Prado, y otros sitios públicos, Zumalacárregi, Sarasa, Iturralde, Sagastibelza y D. Basilio García, tenían en armas á los vascos y los navarros juntamente con toda la Rioja. Jefes de reconocida habilidad no podían descuidar las fronteras, y el ingreso de voluntarios protegido por capitanes interesados en el aumento de sus batallones debía de serme favorable. Si lo principal consistía en aproximarse al Ebro, quedaba únicamente la molestia y el trabajo del viaje. Consulté mis fuerzas y me juzgué muy capaz de llegar á pie hasta las Provincias Vascongadas, firmemente persuadido de conseguirlo si me manejaba con la prudencia que los mismos sucesos y el estado del país estaban recomendando. Adopté este partido á pesar de que la condición de los españoles en general no favorece los viajes ni los viajeros; las posadas y ventas carecen aun de lo más preciso para la vida; en las tabernas, como los pueblos no sean grandes, no suele encontrarse más que vino. Gustoso me resignaba á la economía si el éxito de la exposición había de depender de mi pobre bolsillo, pero no dejaba de reconocer también que los antiguos rezaban por *los caminantes de mar y tierra* sabiendo la que les aguarba en los ventorrillos y posadas de España. Proyectando y cavilando concluí por quedar dulcemente dormido, gracias á mi capa y á la templanza de la atmósfera.

El trino de los pájaros es lo primero que suena en el campo antes de salir el sol y ellos fueron los que me despertaron, en cambio el olor de la jara me abrió el apetito. Logré salir por completo del monte, y antes de bajar al llano pude disfrutar del hermoso espectáculo que presentan los pueblecillos al amanecer. Todas las chimeneas de la Aldea que contemplaba á mis pies arrojaban á un tiempo blancas columnas de humo que con el fondo quebrado del paisaje formaban un cuadro sumamente pintoresco que me trajo á la memoria las de nuestro Museo, sobre todo las de la Escuela flamenca. El hambre no tiene espera, y lo acertado era bajar y dirigirse acto seguido á la taberna. Estaba el establecimiento casi en la misma plaza, como me figuré, y entrando en él con cierta despreocupación y desembarazo, pedí pan, vino y queso, sin que mi presencia llamase la atención de los tres ó cuatro bebedores que había en el local. A poco de haber empezado tan frugal desayuno, un labrador con su capa y su vara correspondiente apareció en la puerta; examinó con una rápida ojeada la escasa concurrencia, encaminándose resueltamente hacia mí. Le costaba trabajo molestarme y se le conocía en la cara la corteza. «Señor forastero—dijo venciéndose. ¿Me hace usted el obsequio del pasaporte?»—Metí la mano en el bolsillo como si estuviese muy seguro de encontrarlo allí, cuando mis dedos llegaron á tropezar con el des-

venturado Estatuto, y con grandísima desvergüenza se lo plante delante. Pudo engañarle mi descaro y mi naturalidad, pero me malicié que no sabía leer, por-



que contentándose con mirar el escudo de armas me lo devolvió dándole esas temblonas sacudidas que estuvieron de moda en tiempos de Mari-Castaña; su rostro se serenó, quedando al parecer muy satisfecho.» «Dispense usted la incomodidad—prorrumpió en acento muy diferente del anterior, pero soy el Alcalde y he de cumplir mi deber.»—Ante la primera autoridad local cambié mi sistema.—«Señor Alcalde—exclamé levantándome con atentas muestras de urbanidad, si usted gusta hacer penitencia conmigo, todo será añadir una copita de anís, guindas, vino fuerte ó lo que usted acostumbre tomar por las mañanas.»—Me dió las gracias con modales expresivos, rindiéndonos mutuamente recíprocos cumplimientos que por mi parte no cesaron hasta que salió de la taberna.

Libre á tan poca costa, no podía contenerme; por mi gusto hubiera huido inmediatamente, pero me dominé tanto, que al pagar al tabernero, dada la comezón que yo sentía, fue un verdadero alarde de pachorra.

Deseaba ponerme en salvo, y entre los tres ó cuatro caminos que se me presentaron eché por el más llano, únicamente porque se podía correr mejor. Aunque ignoraba dónde conduciría, me parecieron inconvenientes las preguntas. Es más; en otra Alquería á la que llegué á las doce lejos de aventurarme, preferí descansar oculto entre los árboles mientras pasaba la fuerza del sol. A las dos me puse otra vez en marcha, y ya con poca luz dí por terminada la jornada en grande y destartado lugarón por el que atravesaba la carretera, dividiéndolo de medio á medio.



DECÍAME para mi capote: veamos, señor estudiante de Leyes, ya está usted lejos del sitio de la catástrofe libre, y sin nada que temer. A pesar de las leguas que lleva V. en el cuerpo, ha de reflexionar que no hay cosa que abrase más fácilmente el entendimiento que los propios deseos, y que un *juris-prudente* debe conocer que el mis

mo cansancio contribuye á la confianza. No puedo negarlo; si me dirigí también á la taberna, esta vez fué con alguna desazón.—Pero, ¿dónde ir?—En tales *cafés manchegos* todo se comenta, y aun las personas indiferentes se enteran sin esfuerzo de los sucesos que preocupan en las localidades. La sala era muy capaz y desahogada; los bebedores hablaban á un tiempo, produciendo ese *rum-rum* tan semejante á los tabarrones, y los había de pie y sentados á las mesas. Mientras despachaba el abundante plato de bacalao que me sirvió de cena, los rumores que iban llegando hasta mí no me hicieron gracia; todos se ocupaban en la sorpresa y en *la partida*, y conocían el negocio mejor que yo. En vista de ello, me daba prisa haciendo ánimo de dormir en el campo; ya casi había concluído. Pero ¿cuál no sería mi asombro al ver atravesar por entre los concurrentes al capitán de *los peseteros*, del que ya creía estar tan lejos?—No traía armas, acaso porque venía también á echar sus copas. Para que no reparase en mí, procuraba ocultarme apoyando el codo sobre la mesa como hombre abstraído en serias meditaciones; pero su mirada de milano me reconoció en seguida. «¡Hola, holal exclamó en alta voz parándoseme enfrente con indudable socarronería. Con esta son dos las veces que nos vemos, ¿verdad? Cuando un *guiñapo latro-faccioso* pasa por mis cuerdas, no se me despinta fácilmente, porque nosotros, mocito, tenemos la cualidad de conocer en seguida nuestra ropa. Señores, prosiguió dirigiéndose á los circunstantes: en nombre de la Reina Gobernadora reclamo el auxilio de ustedes para prender al *carcunda*».

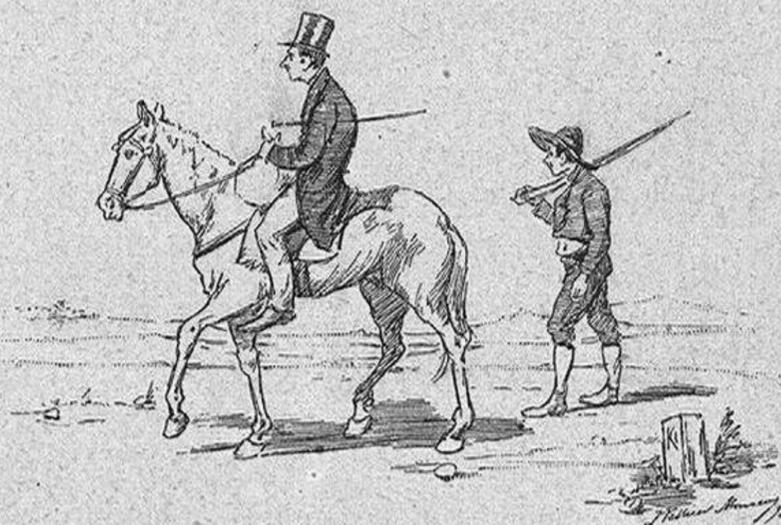
Un silencio general sucedió á sus palabras, y todos se acercaron. Se trataba de un chiquillo (tal les parecí); chiquillo que no hacía resistencia, y se limitaron á formar un círculo, dejándonos al Capitán y á mí solos, y dentro del reñidero.

Nunca he sido sorprendido con las armas en la mano, señor mío, le respondí en su mismo tono.—¿Por dónde tiene usted derecho para detener á los viajeros pacíficos? Quedóse el hombre parado breves instantes con mi contestación, pues no contaba con ella; notó el silencio y la inmovilidad de los que nos rodeaban, y empezó á disgustarle eso que llaman el ambiente de la opinión. Encontraba bastante buena mi defensa para charlar mucho contra el atropello; no obstante, entre él y el tabernero (que dentro de un establecimiento abierto no pudo negarse), me llevaron al Alcalde y empezó la formación de causa, á la que concurrió extraordinario número de vecinos; allí se había reunido todo el lugar. Como la taberna estaba llena, duraron las declaraciones de los testigos hasta las nueve; creyeron que negaba haber sido detenido en Portugal. Al registrarme, tropiezan con monedas portuguesas, y se figuran concluído el asunto; pero con asombro suyo insisto, y formo empeño en que se haga constar así, alegando que viajero inofensivo que se dirigía á sus negocios de Lisboa, fué detenido en un bodega por los *pedristas*, que me atropellaron igualmente, entregándome sin culpa al poder de los *peseteros*. Los paletos no sabían qué decir: el Capitán, al

oírme, lleno de cólera, se burlaba de *mis negocios de Lisboa*; sobrecitada la ira con mi locuacidad y mis declaraciones francas, que produjeron más de una vez la risa del numeroso auditorio, pedía á voces un caballo para ir en busca del Fiscal, empezando á rechazar y motejar de débil la conducta del Alcalde; me metieron en la cárcel, tuve luz y cama, y no fué tratado con rigor.

Pasé la noche como cualquiera puede suponer, y bien de mañana me pilló por su cuenta el astuto veje-te, que ejercía la fiscalía de los peseteros en la demarcación del Duero. ¡Qué trucha era el tal abuelito! Con su experiencia logró hacerme incurrir en ligeras contradicciones, aunque sin rebatir nunca la base de mi argumentación, porque verdaderamente yo no había cogido un arma. Pero conociendo el muy marrajo que la historia del suceso que aparecía escrita con los vivos colores de mi declaración era innecesaria, y por otra parte, considerándola improcedente, se apoderó de la causa, sin duda para hacer con ella la función del niño perdido, y deseando zafarse de mí, dispuso que me condujeran en el acto á la capital de la provincia, á pesar de mis protestas. «Eres listo, chico, decía, haciendo bailar su barbilla de zapato; listo, listo como Cardona, pero no te sirve. ¡Has dado con perro viejo!.... No te canses en explicármelo, porque lo sé; que procede llevarte de justicia en justicia hasta Madrid como indocumentado y nada más.... Perfectamente. Veo que estás al tanto de lo que se suele hacer; pero no me da la gana; ese es el *utrum* de la dificultad. Si no hubieras pasado por las indicadas cuerdas.... ¡ji-jil! acaso no tuviera inconveniente en darte gusto. Pero conozco el maredaje y.... *velay*. Tú hubieras sido el pito del regimiento en organización. Después habrías mondado patatas hasta acostumbrarte al fuego.... Nada, nada; verás que bien te prueban las aguas de Ciudad-Rodrigo».

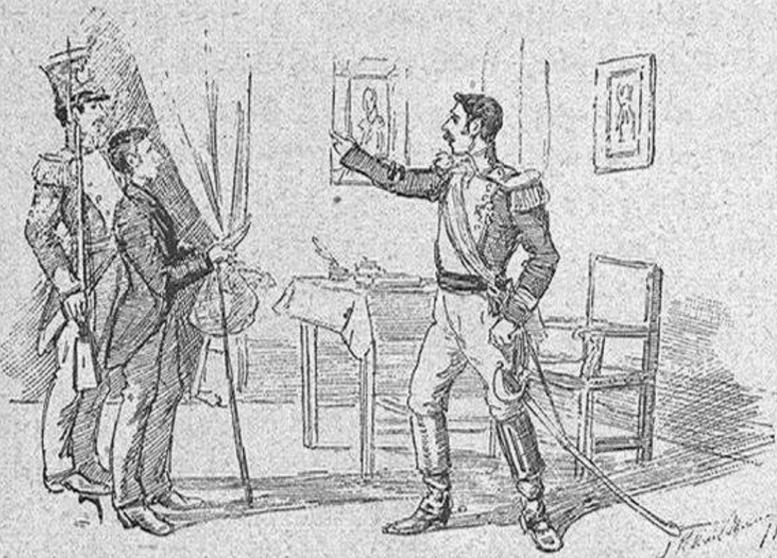
Acudí al Alcalde y se encogió de hombros; me pareció acobardado y todo era inútil tratándose de *facciosos*.



Custodiado por el alguacil del Consejo que con su escopeta hacía de guardián, emprendí la marcha. El camino era largo y me apeaba muchas veces del bagaje para ir charlando con él. Supe de su boca mil historias de los *peseteros* y el desprestigio que los rodeaba; que algunos vecinos movidos á compasión proyectaron sacarme de la cárcel y librame de las

garras de la injusticia y que temiendo el tumulto habían acelerado el procedimiento. En 1834 no existían aún las Capitanías generales que se crearon con posterioridad y yo iba al Comandante militar de la provincia, por estar ya proclamada la *Ley marcial*. Con estas y otras conversaciones análogas logramos hacer la expedición entretenida. En las ventas donde parábamos nos tratábamos á cuerpo de rey, á costa del presupuesto municipal con cargo al capítulo de conducción de presos pobres, y al despedirnos en Ciudad Rodrigo, conocí que tenía buen corazón. Estreché afectuosamente su mano agradeciendo tantas demostraciones de interés. Una palabra antes de separarnos, Frasquito. ¿Qué tal persona es el Comandante militar? Será muy bueno, replicó, pero á mí no me gusta. Todo lo gobierna con un despotismo y una energía que aquí para entre nosotros pudiera darle resultados diferentes. Mi primo que está en el Ayuntamiento de Secretario tuvo un altercado con él; habían pasado por el pueblo unos enfermos y porque le dió cuenta dos días después del suceso le tiró la campanilla á la cabeza. ¿Te parece semejante comportamiento digno de alabanza?

No continuó, porque se nos acercaron los ordenanzas á llevarme ante sujeto tan agradable. Estaba este Jefe en uno de sus falsos ó verdaderos arrebatos de furor, así es que desde la antesala oíamos los enormes puñetazos que descargaba sobre la mesa: instintivamente me detuve en la puerta; los soldados me empujaban con suavidad, y para animarme aseguraron que todos los días le sucedía lo mismo después de leer los periódicos. Daba grandes voces, y apenas entramos se encaró con nosotros. «¡Sí, exclamaba, casualmente estaba deseando que me trajesen alguno de los que componen la indecente facción!—peró al fijarse en mí se detuvo; mis pocos años dieron á su cólera otro rumbo.—¡Eso es!—prorrumpió haciendo bailar la escriba-



ña de una palmada; pido hombres.... hombres de barbas, y me mandan *esta mona*.—¡Quitádmelo de delante, porque lo voy á devorar! Al Correccional con él, yo no me cebo en criaturas. Hombres de pelo en pecho es lo que necesito. ¿Quién le ha dicho al bestia del Alcalde que una *rata* menor de catorce años puede caer bajo la *Ley marcial*!—Los dos soldados me sacaron al punto del despacho.

Tenía ya el Comandante de Ciudad Rodrigo toda la

cabeza blanca, y era grueso hasta la obesidad. Mas aunque se rechazara como vicio mio la inclinación á mirar las cosas bajo prisma maligno, á pesar de los puñetazos y aspavientos, me pareció en el fondo un hombre débil que aparentaba lo que no sentía. Las personas voluminosas llevan consigo la presunción de benévolas, y había allí un *no sé qué* de teatro y de ficción que no podía escaparse á la vista perspicaz de un enemigo. Por lo menos, si pretendía asustarme aseguro que no lo consiguió.



LA DEFENSA DE LOS PIRINEOS

VIII

Las zonas de batallón indicadas funcionarían como de reserva ó complementarias para el reclutamiento del Ejército activo, con lo cual, aparte del resultado que se persigue, se vendría á la vez á satisfacer otra necesidad sentida ya en la importante cuestión del reclutamiento. Ya hemos dicho que los 12 batallones de cazadores que según lo propuesto estarían situados en los distritos militares fronterizos, habrían de elegir en ellos el mayor número posible de reclutas; número que, teniendo en cuenta las excelentes condiciones que por lo común reúnen los habitantes de aquellas comarcas para el servicio de dicho instituto, puede apreciarse en la mitad próximamente del total de cada contingente. El resto de éste se emplearía en igualar la fuerza de los regimientos de infantería, compensando las bajas que en sus zonas produjera la elección para cazadores ó bien la redención, mientras subsista, ó el voluntario, ó la que se establezca en sustitución de aquélla, que algo habrá siempre que rompa la pretendida igualdad de todos los ciudadanos en el servicio militar; y esa puerta abierta para que las clases acomodadas escapen más ó menos en absoluto á las penalidades de aquél, dejando sentir principalmente su influencia en los grandes centros de población, es, y seguirá siendo, una causa permanente que, aparte de otras accidentales, alterará la normalidad del reclutamiento, regional ó local, haciendo necesarios los traslados de fuerza de unos cuerpos á otros, como hasta ahora ha venido sucediendo; razón por la cual dijimos que la creación de zonas complementarias satisfaría una necesidad ya sentida.

Una vez cumplido el tiempo de permanencia en las filas por los soldados procedentes de las zonas fronterizas, pasarían éstos á la reserva activa como todos los demás; pero con la diferencia de que los que hubieran pertenecido á regimientos de línea causarían baja de-

finitiva en sus cuerpos, entrando desde luego á formar parte del batallón fronterizo móvil correspondiente, mientras que los que sirvieran en cazadores seguirían perteneciendo á sus batallones. La razón de esta diferencia es óbvia: los regimientos de línea que recibieran esos hombres no deben necesitarlos para completar sus efectivos de guerra, aunque sí les fueran precisos para obtener su contingente normal de reclutas, porque las causas que produjeran la disminución de éste, ó han de ser accidentales, y entonces no tendrán influencia sensible en la fuerza total de las zonas respectivas, ó si son duraderas, deben dar lugar á una modificación en la división del territorio, á menos de que obedezcan á las exenciones del servicio activo á que hemos hecho referencia, las que tampoco producen baja en las reservas, salvo la necesidad de dar de alguna manera instrucción militar á los individuos que se encuentran en ese caso, mientras dicha exención sea, como hoy, absoluta, pero los batallones de cazadores no pueden desprenderse de la gran parte de sus reservistas que radicaría en las zonas de la frontera, con tanto mayor motiva cuanto que, por el destino de aquéllos, serían estos soldados los que mejores servicios habrían de prestar, y de todos modos, puesto que se incorporarían sobre su propio territorio desde los primeros días de la movilización, se consigue el resultado buscado de emplear en primer término, en la defensa de la frontera, todos los soldados próximos á ella. La saca para cazadores, por otra parte, tampoco debe producir una baja muy considerable en los contingentes de la zona del interior; puesto que hemos dicho que aquellos cuerpos se nutrirían en gran parte de las fronterizas y el resto de su fuerza la obtendría cada uno de varias de aquéllas; mas si así resultasen muchas de ellas sin los recursos suficientes en hombres, habría que proceder á una nueva distribución de zonas, con lo que nada se perdería ciertamente, si no es el trabajo laborioso empleado en la primera hecha por el Instituto Geográfico y Estadístico, al que por cierto se le encomendó sin que se comprenda por qué, pues que si á tan ilustrado centro le sobra competencia para el objeto, no era éste propio de su carácter civil.

Como se ve, para precisar nuestras ideas tropezamos con la dificultad de tener que tratar una cuestión de índole tan general y compleja como la del reclutamiento, en la que no nos incumbe entrar á fondo, aplicándola solamente á una parte del territorio y para un fin parcial determinado. Lo que nos proponemos con los anteriores razonamientos, es solamente hacer ver la posibilidad de realizar lo que pedimos sin acometer de nuevo la obra de rehacer todo lo actualmente establecido respecto al reclutamiento; y para fijar los datos de una vez, diremos que con la adopción de lo que proponemos se tendrían 60 zonas, correspondientes, lo mismo que hoy, á los regimientos de línea, ó solamente 58, si así se prefería, para los que ahora tienen el reclutamiento localizado, que podrían ser también las mismas que actualmente corresponden á éstos, á excepción de las que están situadas en los confines con

Francia; y además habría un cierto número de distritos ó zonas de batallón no correspondientes á Cuerpo activo determinado que funcionarían, en general, como zonas de reserva para el reclutamiento, pero que podrían dar á la vez el núcleo de los hombres necesarios para nutrir los batallones de cazadores, si en todos los distritos, como para los fronterizos hemos indicado, se cuidaba de destinar á ese objeto las porciones más montañosas del territorio. De éstas las situadas en la frontera francesa, ó también las de la portuguesa, si se creyese conveniente extender á ella tal organización, formarían los batallones fronterizos, y las demás proporcionarían batallones de reserva ordinarios, aunque pudiera hacerse que todas ellas tuvieran una organización uniforme disponiéndolas convenientemente á lo largo de ambas fronteras. En cuanto al número de estas últimas zonas, no le determinaremos, porque la extensión de cada una podría variar entre ciertos límites y habrían de resultar de su organización, bien como zonas fronterizas ó bien como simples zonas de reserva, que en el interior no estaría aquella justificada; pero, desde luego, no sería menor de las 20, que produciría el desdoblamiento de las zonas actuales restantes, ó sea las asignadas á los grupos de batallón de cazadores, sin que esto signifique, como ya se comprenderá por lo dicho, que precisamente hubieran de ser tales zonas las que á este fin se destinasen, pues que no habiéndose opuesto en su determinación, según parece, idea alguna de conveniencia para el reclutamiento de aquellos Cuerpos, tampoco serían, por regla general, las más á propósito para el fin que nos proponemos.

FRANCISCO LARREA.

CATÁLOGO

DE LOS TROFEOS DE GUERRA DEPOSITADOS EN EL
CUARTO DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDÁN

(Continuación.)

- 104.—Silla de montar, compuesta de galápago, sobre mantilla azul armada de galón de flor de lis de oro con la cifra C. VII y corona Real pistoleteras de Galón de oro, estribos y bridas, usada en Campaña sobre los Caballos Platero, Cartucho, Tiptop, Lácar y Tolador montados por S... el R... Carlos VII en la del Norte de España desde 1873 á 1876 (Monreal).
- 105.—Cuadro de marco negro con filete de oro y cristal conteniendo en dibujo los diseños de las condecoraciones creadas por S.... el R.... Don Carlos VII en la Campaña de 1872 á 1876.
- 106 y 107.—Modelo de boinas de lana encarnada usadas por las Tropas Reales en las Campañas de 1833 á 1839, 1848, y 1872 á 1876.
- 108.—Sable de hoja curva usado por S.... el R.... Don Carlos VII en el alzamiento Nacional iniciado el 2 de Mayo de 1872.
- 109.—Sable de hoja curva perteneciente al difunto General D. Nicolás Ollo, el cual le fué regalado siendo Comandante General de Navarra por su provincia y dejado á su muerte á S.... el R.... Don

Carlos VII juntamente con su caballo llamado Monreal cogido al enemigo en la acción de este nombre: el sable fué llevado por S..... el R..... Don Carlos VII como recuerdo de su querido General en días de grandes ceremonias.

110.—Sable de hoja curva del Coronel D. Fernando de Guzarvos, Marqués de Bondad-Real, oficial de órdenes de S..... el R.... Don Carlos VII que usó en la campaña de 1872 hasta el 4 de Noviembre de 1874, día de su fallecimiento ocurrido en Zor-noza.

111.—Faja de Capitán General de seda carmesí con tres pasadores y dos borlas de oro de S..... el R..... Don Carlos VI.

112.—Banda y Placa de la Gran Cruz de San Fernando, llevada por S..... el R..... Don Carlos VII á instancias de su valiente ejército, desde el día de la batalla de Lácar, por llenar los requisitos marcados en el Reglamento de la Orden no sólo como R..... si que también como General en Jefe.

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

Desembarque de armas en las costas de Vizcaya.

(Gran lámina suelta á cuatro tintas)

Con el fin de que nuestros suscriptores que deseen poner marco á la hermosa lámina del núm. 17, puedan poseer un *pendant* á la misma, hemos resuelto la publicación en el presente del bellissimo asunto que con tanta maestría ha sabido interpretar el artista.

En las costas de Vizcaya se dió con frecuencia el caso, durante la pasada guerra, de efectuarse el alijo de armas que, llegadas del extranjero habían entrado en aguas españolas, burlando la suspicaz vigilancia de los emisarios del Gobierno central.

La acertada dirección que á tales operaciones supieron imprimir los agentes carlistas, les acreditó de listos y reservados para ante sus adversarios, que no alcanzaban á comprender abnegación tanta y peligros tan grandes como los que eran menester para realizar esos trabajos.

El Marqués de Villadarias.

(Pág. 273)

Tal vez extrañe á nuestros lectores ver figurar en esta galería de personajes carlistas á un joven, casi un niño, que no ha salido aun á la vida pública, pero bien pronto depondrán su extrañeza cuando sepan, si lo ignoran, que se trata del compañero y condiscípulo de nuestro amadísimo D. Jaime, del que está llamado á ser su Gentil-Hombre y Jefe de su Casa, por su posición y por las excelentes condiciones de su carácter.

A mucho le obliga el ser hijo de quien es, y el título que lleva tomado á principio del siglo pasado por uno de los Generales más ilustres de nuestro ejército y mantenido en nuestros días á gran altura por el inolvidable Presidente de la Junta Central católico monárquica, uno de los Grandes de España que asistieron á la reunión de Vevey, representante del Santo é inmortal Pío IX (Q. S. G. H.), padrino del Príncipe de Asturias en el solemne acto del bautismo. D. Jaime, que da tanta importancia á estos piadosos recuerdos, ve siempre en su compañero y amigo la imagen venerable de aquel noble y cumplido caballero que le tuvo en la pila, en nombre de un Gran Pontífice, del Papa-Rey de la Inmaculada, el *Syllabus* y el Concilio Vaticano.

Llámase el actual Marqués de Villadarias Carlos, Alfonso Mariano Fernández de Henestrosa y Tacón, Santisteban y Hewes: nació en Baguá di Lucca (Italia), el 28 de agosto de 1871, siendo ahijado de Nuestro Augusto Señor (q. D. g.), por quien se le impuso el nombre del Santo Arzobispo de Milán.

Ha sido, y es en la actualidad discípulo de los Padres de la Compañía de Jesús, distinguiéndose con su malogrado hermano Diego (E. P. D.), en los Colegios de Chamartín y Zaragoza, en donde aún son presentados como modelos los Villadarias.

Síguense en esto las tradiciones de familia, pues en el Seminario de Nobles, en Madrid, dirigido por los insignes y sabios hijos de San Ignacio se educaron todos los Villadarias, hijos de los Príncipes de San Mauro, título que entonces usaban los abuelos de nuestro biografiado.

Vive actualmente en Bilbao con su Sra. madre, hija de los Duques de la Unión de Cuba, una de las damas españolas más insignes por su belleza, su talento y su virtud, Camarera Mayor de S. M. la Reina Doña Margarita, que ha visto y ve en ella la mejor y más leal de sus amigas.

De las simpatías que el joven Marqués de Villadarias ha conquistado en el poco tiempo que reside en Vizcaya, dan testimonio las varias poesías y artículos que, dedicados á él hemos leído en *El Vasco*, órgano del carlismo vizcaíno y guipuzcoano.

Terminado el curso, y cerrada la notable Universidad de Deusto, el Marqués de Villadarias reside en Zarauz (Guipúzcoa), y probablemente el invierno próximo lo pasará en Viareggio con nuestra Familia Real.

Plano de las operaciones del Paso del Danubio.

(Pág. 277)

(Véase el escrito de nuestro colaborador D. Carlos Cruz Rodríguez).

Los carlistas en las montañas de Vizcaya.

(Pág. 280)

Salvo pequeñas diferencias, los carlistas de las regiones españolas en armas, sufrieron unos mismos azares y análogos contratiempos.

Su audacia y valor, agregados al continuo vigilar, les sacaron airoso de los peligros de los primeros meses, logrando pasar de la actitud defensiva á la ofensiva, tan pronto dispusieron de un contingente de fuerzas algo regular.

Monroy.

(Pág. 281)

Este es el título de la legendaria morada del distinguido tradicionalista y constante suscriptor de EL ESTANDARTE REAL, Excmo. Sr. Marqués de Monroy.

Remitimos á nuestros lectores al notable escrito del señor Morales, en que someramente se hace la historia del vetusto castillo, y se reseñan las proezas de algunos de sus antiguos propietarios.

Páginas de un carlista.

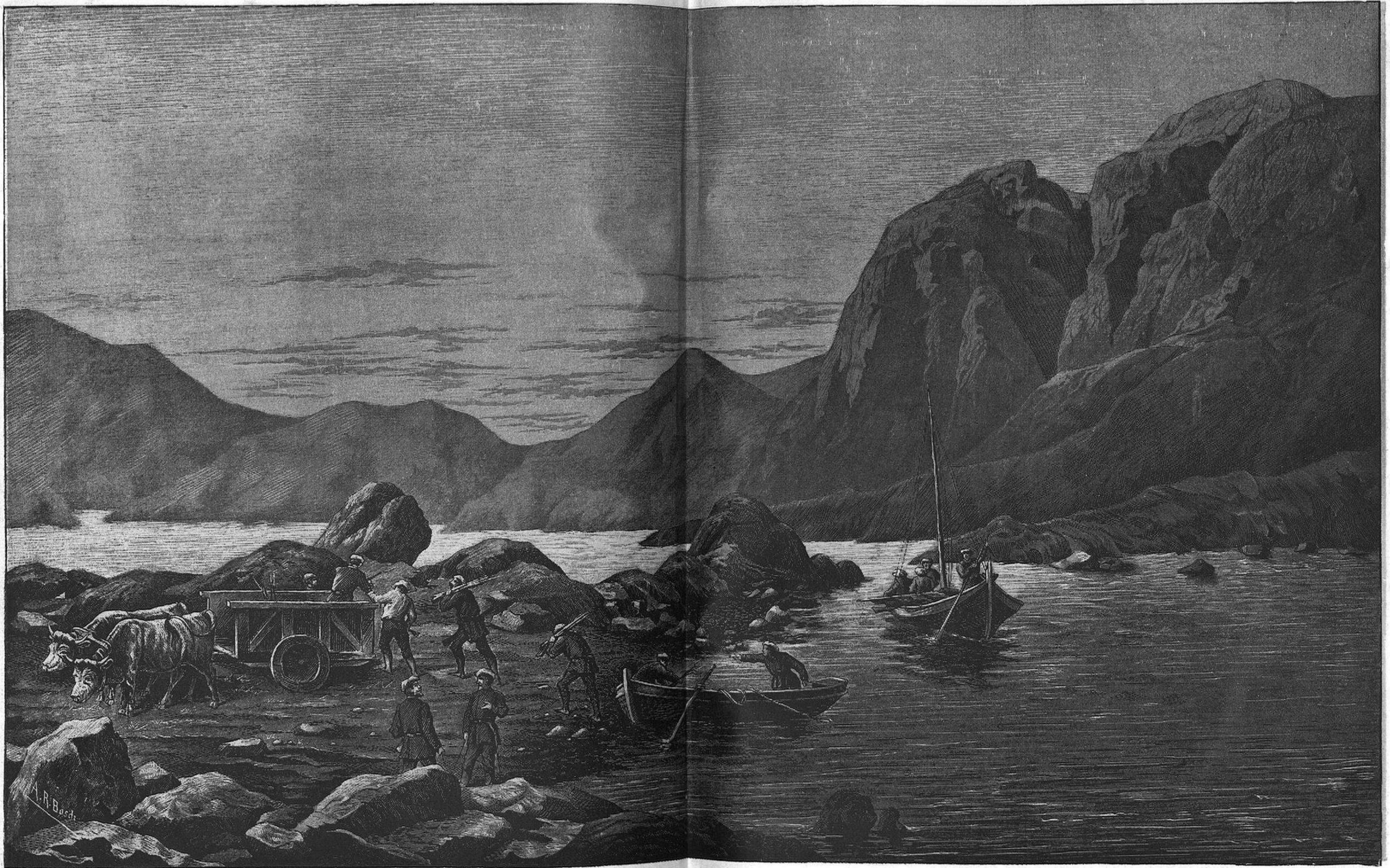
(Págs. 282-286.)

A medida que avanza en su relato el autor de estas *Páginas*, acrece el interés que inspira la serie de aventuras y peripecias por que pasó el entusiasta joven que abandonó hogar y familia en busca de emociones y de gloria.

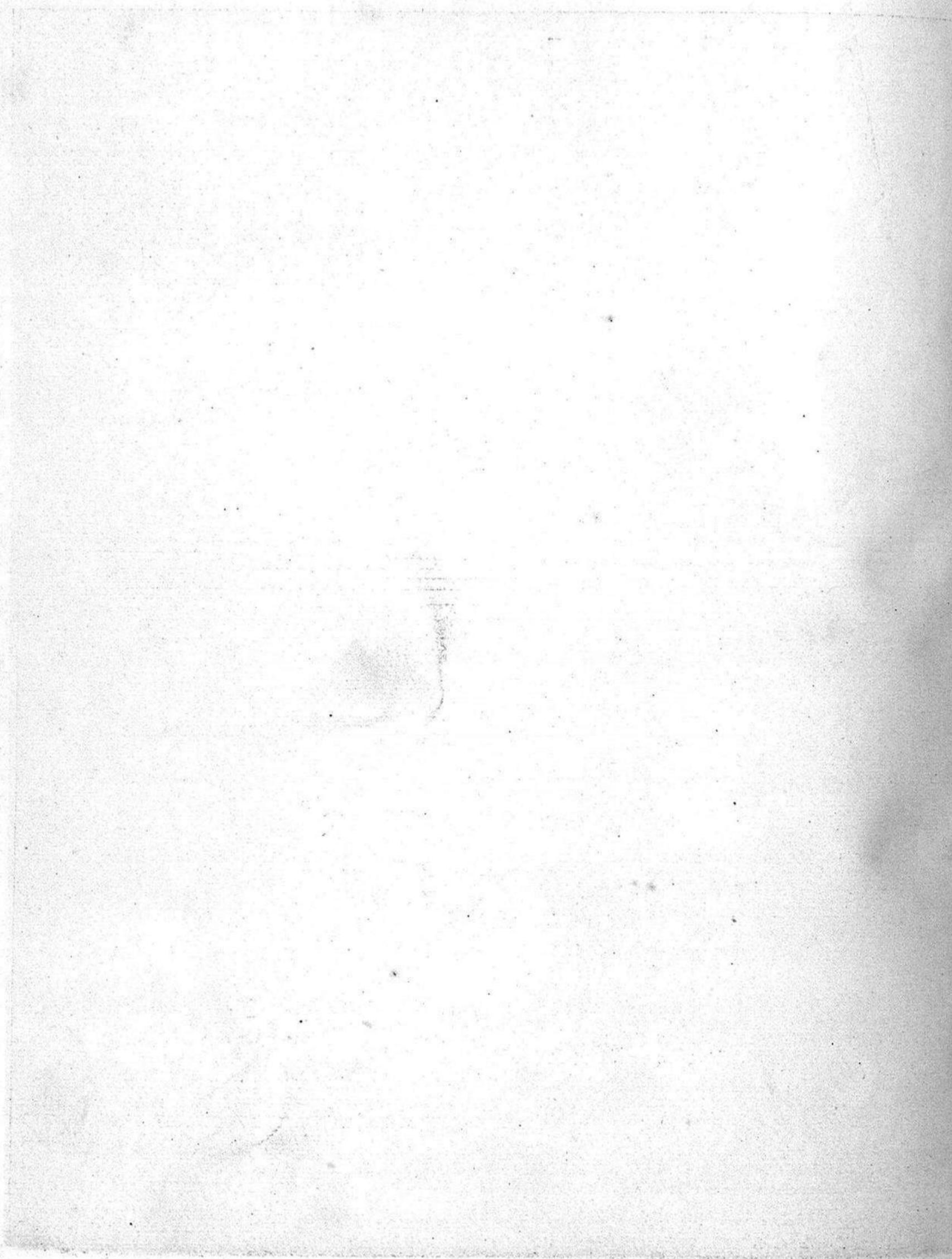
Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.

1911

LIBRARY OF THE NATIONAL ARCHIVES



DESEMBARQUE DE ARMAS EN LA COSTA DE VIZCAYA.—COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE A. ROSS BOSCH.



INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS